

resco para salir airoso del combate». El fuego va purificando y tornando más audaz el espíritu bélico. Jünger atribuye a la guerra la *Wüstheit*, cualidad compleja, pues significa, por junto, la aridez del desierto, el desorden, el libertinaje y también lo inextricable. Estos soldados hacen la travesía del desierto pero la hacen como si el trámite fuera una orgía de lo indiscernible. La guerra es «un sueño laberíntico» donde surge la luz primordial del abierto sepulcro, tras la errancia por lo desconocido. Nada siniestro: una experiencia mística: el origen recuperado.

Las guerras y los períodos de paz ocurren por agencia de un fatalismo astral. Hay un vaivén de fuerzas, que se duermen y se despiertan, para adormecerse y volverse a despertar, incesantes. Por eso no interesan a Jünger las circunstancias históricas de cada guerra, pues todas las guerras son la misma, recurrente y cíclica. Es como una batalla, eterna e intermitente a la vez. En medio del combate, ve paisajes de las glaciaciones prehistóricas y resuenan en sus oídos las palabras de la fábula: «Era una vez...» La invocación a Herodoto confirma esta intemporalidad de la guerra y anuncia a Borges, temprano lector de Jünger en Buenos Aires (1922): «La batalla es eterna y puede prescindir de la visible pompa...» Mecánico o demoníaco, el mundo tiene un movimiento donde se identifican el curso y el retorno. La guerra lleva el sufrimiento al culmen y de ella surgen las fuerzas salvadoras que instauran un nuevo origen. El misterio de la historia consiste en que su agitación se encamina a la equivalencia indiferente.

En este orden, la guerra es un agente histórico importantísimo, pues invasiones y conquistas prueban a los hombres que son (somos) ciudadanos del mundo en tanto hijos de la misma Madre Tierra. La humanidad es matriarcal, matrilinear, una familia de referencia materna (y telúrica, ejemplo al caso). Luego, vienen las confrontaciones «paternas» entre religiones y culturas. Cristianismo y judaísmo, por ejemplo, se universalizan por esta vía. No el Islam, ligado a un clima determinado. Ni manifestación de castigo ni de venganza, guerra y asesinato son exigencias telúricas, reclamos del equilibrio de la tierra. A lo largo de la historia, los hombres cambian de rostro en los constantes papeles del amo y el esclavo. Son prisioneros del presente, de esa permanente labor de despojo y conquista de botines que llamamos civilización (cf. *El problema de Aladiño*, 1982).

En consecuencia, es escaso el entusiasmo que siente Jünger ante la guerra industrializada que le toca en suerte. Confiesa no haber aprendido ni siquiera el manejo de una ametralladora. Admira lo cultural de la industria bélica, la máquina genial y el trabajo de aniquilación, como quien admira un hallazgo de laboratorio o la construcción de una represa, pero su guerra es la del peleador solitario y manual, impotente ante el carro de combate. No experimenta el deslumbramiento futurista por la guerra mecanizada, como su personaje Zapparoni (el apellido italiano no parece casual: el futurismo era italiano) que fabrica ingenios bélicos en tanto se provee de banderas blancas, de neutralidad o rendición. Para él, la guerra es un negocio.

El ideal de combatiente jüngeriano es el soldado solitario que enfrenta, inerme, a un ejército pertrechado, y lo derrota, haciendo triunfar el valor sobre el mero poder de aniquilación. Sus soldados son los caballeros combatientes de Ariosto y el cantar de los Nibelungos. No lucha contra los iguales, no ataca al débil ni al indefenso: en el vientre de Leviatán se construye una celda monástica. Como los oficiales patricios y los monarcas absolutos, su oficio consiste en hacerse amar de sus súbditos, que carecen de todo derecho frente a él. Un ejercicio moral, recompensado por un afecto anónimo y masivo. Le repugnan las matanzas de judíos y los fusilamientos de prisioneros y rehenes ordenados por los nazis. El narrador de *Cristalinas abejas* (1957) tiene en su expediente los cargos de ser «solitario y derrotista». No se identifica con los «suyos» sino consigo mismo. Jünger ha perdido, con los alemanes, dos guerras ¿Tampoco se identifica con las derrotas? ¿Opta, caballeresco, por las causas perdidas, que son las únicas nobles?

Otro intelectual longevo como él, Norbert Elias (*Studien über die Deutschen*, 1990) señala que Jünger, en sus relatos de guerra, sólo muestra la heroicidad de los oficiales. Las debilidades del soldado están «censuradas». El plebeyo recluta no forma parte de su imaginario bélico. Una cosa son los oficiales y otra, la tropa. Le opone la «sociología de la guerra» de Remarque en *Nada nuevo por el Oeste* (1929). Lo mismo en cuanto al dolor, expresión de flaqueza. Los oficiales jüngerianos son sobrehumanos o demoníacos, personifican un ideal de aniquilación que surge de la voluntad nietzscheana de poderío. En él confluyen el nihilismo nazi y el nihilismo anarquista. Es una suerte de libertario de sangre azul. La sangre roja tiene escasas efusiones en sus recuerdos de batalla.

La guerra de Jünger es, por fin, o al comienzo, una experiencia mística. La batalla «horrible y maravillosa» vale por una «prueba de profundidad», una puesta en abismo, como se dice hoy. En su primer diario parisino (1941/2) anota:

En el momento en que se le manifiesta la muerte, el hombre parece salir de la ciega voluntad y conocer que lo íntimo de todo es el amor. Fuera de él quizá sólo la muerte sea el único bienhechor de este mundo.

Amor, muerte e iluminación coinciden en el acto jüngeriano del bautismo de fuego, tal como lo describe en *La lucha como vivencia interior* (1922). Excitación fálica y éxtasis (separación alma/cuerpo), es un acontecimiento místico y sexual. El soldado comulga, en él, con las fuerzas naturales. Fuego, falo, naturaleza y muerte se concitan en el mismo acto de desujetación. El hombre se descarga de la vida histórica y vuelve a ser natural, originario. La muerte del otro cesa de ser un evento moral para devenir una epifanía de la muerte.

Esta repristinación por la guerra viene de cierto Nietzsche, como resulta evidente. Pero es una variante importante respecto a otros planteamientos de la voluntad de dominio o poderío que conviene desmarcar. El de más relieve, me parece es el de Georges Sorel, por las consecuencias políticas que se le pueden atribuir. Lenin y Mussolini

no dejan de tributar a sus *Réflexions sur la violence* (1906, tercera edición corregida de 1912).

Sorel mira a Nietzsche desde la contrafaz del superhombre, desde un modelo humano violento porque débil, carente, temeroso ante el peligro. Un mundo fatalmente dado le infunde terror. Disperso por Satán, este mundo será reunificado por Dios, en la dudosa promesa cristiana que, sin embargo, demoniza toda la historia.

En el mundo soreliano no hay deberes, ni sociales ni internacionales, porque ambos son indeterminados. Sólo hay derechos, porque son rigurosos. Sólo habría deberes estrictos en una sociedad solidaria. Como en Jünger, la burguesía, intoxicada de humanitarismo y pacifismo, siente horror por la confrontación y la guerra. Es cobarde y negociadora. Está en retroceso y en decadencia. La lucha social, por tanto, es entre el proletariado y el ejército. Ejemplos: la Comuna de París, la revolución rusa de 1905.

Los obreros, carentes de pecunio, sólo tienen la fuerza que produce el miedo burgués al daño que pueden ocasionar destruyendo el tejido productivo: el método «directo y revolucionario» de la huelga general. Es como la batalla napoleónica que intenta destruir al adversario. Se advierte que, en Sorel, la voluntad de dominio pasa al plano de la historia para realizar fines políticos y no, como en Jünger, para personificar unas recurrentes fuerzas cósmicas. La huelga general soreliana es el mito que condensa al socialismo y el mito es la única forma de actuar sobre el presente. Es (la huelga) el socialismo convertido en un plexo emotivo. La revolución es la guerra social, encono antiburgués y recurso a las armas. Misteriosa como la historia, la revolución no puede demostrarse científicamente, según pretende Marx, que vuelve espantosa una acción bélica social «absoluta e irremediable» (como la guerra de Jünger). En el mundo conciliador de la democracia se ha perdido el sentido de lo sublime, que la revolución guerrera proletaria ha de recuperar. La revolución es la desmesura, el rechazo de la recompensa, lo gratuito que denuncia a lo sagrado. Proudhon, Nietzsche y Bergson sirven a Sorel para anunciar el socialismo prusiano de Spengler y los planteamientos guerrilleros más recientes.

Drogas

La desujetación del acto guerrero tiene que ver con el mundo de las drogas, otro interés jüngeriano. En sueños, Jünger escucha esta frase: «La nada tiene su baile de máscaras». El sujeto es la máscara. Desujetarse es acceder al misterio central del mundo, totalizarse en la nada. O viajar a lejanas tierras y habitar el Sol por medio del opio, como en *Juegos africanos* (1936). A su vez, en *Heliópolis* (1949), el personaje de Antonio pone paralelo su nihilismo iluminador al nihilismo de los sublevados, unos anarquistas que quieren destruir el orden de bienestar de la ciudad. La droga lleva a Antonio al «misterio central» antedicho y muere intoxicado por una bebida

que obtiene del laurel y produce conocimiento. El saber absoluto viene con la muerte, queda fuera del discurso.

A su vez, la mallarmeana centralidad de la nada «sostiene» una visión del mundo como vacilación y movimiento. En efecto, el absoluto vacío no sujeta y la embriaguez conduce a la pérdida del yo, al desenmascaramiento. La vida moral se ve agitada entre dos polos y el supuesto yo, sujeto único e indivisible, adquiere un doble lenguaje. Los franceses se narcotizan con vino y los alemanes se adormecen con cerveza, cuya sueñera produce la objetividad y el entusiasmo germánicos. Dime cómo te emborrachas y te diré a qué cultura perteneces.

Parsifalismo

Los grupos jüngerianos (Legión Extranjera, ejército) pertenecen al mundo que Umberto Eco denomina «parsifalismo», tomando como referencia a los caballeros del Grial y al adolescente loco y puro, Parsifal, que intenta su regeneración, o sea la restauración del principio generador y paterno en una comunidad castrada por el pecado. En *Juegos africanos*, al mundo masculino de la vigilia se contraponen la figura femenina de Dorotea, que aparece en sueños y hace advertencias sobre los objetos percibidos en la vigilia misma, la vigilia de armas de los legionarios.

Un grupo viril, sin sexualidad ni enfermedad (los trastornos de los heridos de guerra son descritos científicamente, no como vivencias internas del herido) remite a las agrupaciones utópicas, por ejemplo, las frecuentes en Julio Verne.

Hay relaciones de amor entre estos hombres, como en *Juegos africanos* entre el narrador y el italiano Massari, que hace de camarero pulcro y fiel (de nuevo: el servidor verniano). El yo y el otro yo administrado fuera de sí definen una relación amorosa. En *Eumesvil* (1977) las sugerencias sobre la homosexualidad son un tanto más perfiladas. Pero importa que se fundan en vínculos de identidad intercambiable, como en las comunidades monásticas. En otra perspectiva ideológica, la revolucionaria, estos grupos aparecen en las novelas de Malraux y Koestler, y en algunas narraciones de Camus, como *La peste*. Berdiaev, en la misma época, propone una nueva Edad Media. Eco y Furio Colombo, en ensayos sagaces y una novela menos sagaz, apuntan las analogías entre nuestro siglo y el medievo.

El parsifalismo, llevado al contexto de la paz, da en monasterio. Herbarios y bibliotecas definen un ámbito monástico en *Junto a los acantilados de mármol* (1939). Una orden secreta cuyo lema es *Semper Victrix*, reúne a monjes, pastores, agricultores, cocineras y gente menuda y elemental en un ambiente de entorno monástico, cuyo centro es un núcleo de sabios que buscan el fundamento (el lugar sin historia). En otro sentido, éste es el espacio de la propiedad, de lo propio, de lo seguro y lo pleno, el tesoro de lo heredado: lo que se sigue teniendo y se sigue diciendo.